

Católicos : vosotros solos teneis la dicha de profesar la verdad pura , porque vivís unidos á la Congregacion que , fundada por Jesucristo y propagada por los Apóstoles , conserva los dogmas tan puros como existen en su fuente , que es Dios. Vuestra mayor gloria está fundada en esta fé ; vuestro mayor consuelo es pensar que sois hijos de una Madre á quien , por lo mismo que sois pecadores , teneis más derecho de llamarla con este nombre , pues por redimirnos bajó Dios del cielo á sus entrañas y se hizo hermano nuestro. Pero si quereis dirigiros á María con toda confianza ; si con los ojos arrasados de lágrimas de gozo y el corazon envuelto entre torrentes de consuelo quereis pronunciar tan augusto nombre , amadla ; amad á su Hijo ; observad los preceptos de su Evangelio ; huid de esos hombres cuyas palabras son dardos envenenados que dan muerte al entendimiento y aridecen todo el verdor del corazon. Hablo de los herejes modernos , que , revistiéndolo sus falsas doctrinas con el ropaje de la ilustracion aparente , siembran por do quier pasan la duda , la opinion , la incertidumbre , en materias tan ciertas é infalibles como son los dogmas del Catolicismo. Se acercan dias amargos para el Cristianismo y la sociedad ; se aproximan los dias de tribulacion en que nuestra fé será probada como el oro en el fuego. Si queremos salir con victoria de las tentaciones de este mundo , es necesario que á una conducta cristiana unamos una fé intrépida , una confianza omnímota , un amor grande hácia nuestro Dios , y que amemos con ternura á la Madre que en esta vida nos alimenta con la leche de la doctrina que nos ha dado su Hijo , y en la otra nos espera para darnos con su mano la corona de la gloria , que os deseo. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

QUE MARÍA NO ES MADRE DE DIOS,

SINO PARA SERLO NUESTRA.

Quæ est petitio tua? Dona mihi populum meum pro quo obsecro.

¿Qué peticion es la tuya? Dadme mi pueblo, por el cual os ruego.

(ESTHER., cap. VII, vers. 3.)

Una tierra sembrada de bellezas , un cielo matizado de estrellas , un tiempo sin mutabilidad ruinosa , una eternidad de delicias inmortales , un presente halagüeño y un porvenir inefable , hé aquí el patrimonio que se habia formado en el alcázar del Rey de los siglos , sirviendo de credencial el amor infinito , y de garante la palabra del mismo Dios , para enriquecer á la criatura visible más privilegiada que saliera de la nada. Era el hombre.

Preciso es confesarlo ; en la creacion de este rey de la naturaleza visible , no parece sino que entraron en competencia los atributos de la Divinidad ; la Omnipotencia se complacia en adornarlo con dones naturales , que forman de su compuesto un compendio abreviado de cuanto encierra en sí todo el ámbito del mundo ; todos los elementos , todos los flúidos , la materia con sus ramificaciones , el espíritu con sus sublimes propiedades , sentidos finos y exquisitos , percepciones delicadas y exactas , comprension espiritual , vida animal , vitalidad intelec-

tual, forman el tejido de este compuesto en el órden físico, al paso que en el inmaterial brilla la espiritualidad, resplandece la sabiduría, domina el raciocinio, manda el albedrío y lo decora todo el amor. La misericordia se deleitó en dar á este nobilísimo compuesto prerogativas que no le eran debidas, y que excedían el órden natural; una gracia que lo santificaba y hacía amigo del Criador, su hijo querido, el heredero de su gloria, el compañero de su felicidad eterna, acompañándola al propio tiempo de aquella justicia original que sostenía la armonía de todo el compuesto, reprimía los avances de la concupiscencia, daba al entendimiento la ciencia, á la voluntad el amor é inclinacion al bien, y preservaba al cuerpo de la defeccion inherente á su complexion, para que no se presentase al hombre á infundirle terror la inexorable parca.

Con esta magnificencia se manifestaron la omnipotencia y misericordia divinas en la creacion del hombre. Pero estos atributos no son los únicos en la naturaleza infinita; la justicia tambien debia de entrar en la constitucion de las criaturas racionales, como la balanza donde se juzgará el peso del amor y los quilates de la Omnipotencia; y si estos atributos se mostráran infinitos en la creacion del hombre, Aquél tenía que descubrir al favorecido que Dios es infinitamente sabio, constituyendo su ciencia con igualdad omnímota la omnipotencia, la misericordia y la justicia: crió, pues, Dios al hombre con su poder, lo adornó de dones sobrenaturales con su amor, y le prometió premio ó castigo, segun su justicia. Todo era infalible; todo indeclinable, porque tan infinito es Dios en su naturaleza como en sus obras.

Sin embargo, habiendo el hombre desoido los clamores de su conciencia y despreciado las exigencias de la justicia infinita, de hijo de Dios se hizo hijo de Lucifer, hijo de ira, hijo de venganza, hijo de pena eterna. Tenía un padre, un amigo, un bienhechor, y todo lo perdía con

su prevaricacion. Mas ¿quién es capaz de echar la sonda en el inmenso piélago de los atributos divinos? Sin desnivelarse ni descomponerse la armonía que estos tienen entre sí, hé aquí que Dios dirige al hombre criminal y proscribo sus acentos de Padre compasivo, y en lugar de un amor paternal, que ha conculcado el hombre rebelde y que ha querido perder, Dios lo confirma en su primer amor, añadiendo el afecto de un hermano, la mediacion de un hijo, la ternura de una madre. ¡Cuánto amor! ¡Cuánta grandeza hay en las ideas y acciones de la esencia divina!

El paraíso es el primer teatro del crimen, y no bien éste se ha consumado, cuando se deja ver la aurora de la gracia disipando las tinieblas de la culpa, y el Hijo de Dios redimiendo al mundo y llamando á los hombres sus hermanos engendrados en las entrañas de la misericordia infinita, y en el corazón de una mujer, que, siendo Hija del pecador, es destinada á ser Madre de Dios. ¿Quién es esta Mujer tan grande que ha de contener en su seno á todo un Sér inmenso? ¿Quién es esa Mujer tan cariñosa, en cuyo corazón ha de haber bastante ternura para corresponder á la que su Hijo Dios la ha de profesar, dando á cada uno de los hombres una parte tan copiosa de este amor, que no tenga ninguno suficiente caudal para corresponderlo con equivalencia?

Aún está el mundo arrollado en los pañales de su infancia cuando tiene ya una Madre que reemplace dignamente y con ventaja á la primera, que es el tronco y raíz de toda la humanidad que por su culpa se ha viciado. María, prevista en los consejos divinos, y predestinada á concebir en sus entrañas al Hijo de Dios, aparece en el paraíso como la intercesora y medianera que une sus ruegos á los del Hijo de Dios, que en el momento de la defeccion del hombre interpone su valimiento para con su Padre, para que Adán no perezca para siempre. Toda

la humanidad es la herencia del Hijo, porque el Padre se la ha dado en patrimonio, y de toda ella ha de ser Madre María; es su herencia, es su pueblo; y tanto interés tiene en su salud el Hijo que lo ha de redimir, como la Madre que lo ha de engendrar en las entrañas del amor.

Se descubre aquí, católicos, un bello conjunto de verdades respecto á los atributos divinos; pero descuella entre todas una, y es que Dios, al tratarse del hombre, parece que se olvida de su justicia, y sólo tiene presente su misericordia; porque, no sólo le perdona la culpa, sino que le proporciona una Madre que ruegue sin cesar al cielo para que mitigue sus iras. El fundamento, por tanto, de nuestra devoción á María es divino. La relación natural que une en un mismo punto el corazón del progenitor y del engendrado, que identifica los intereses y hace comunes las penas y las alegrías, constituye ese gran centro de unidad en que yo veo reunidos los corazones de todos los hombres atraídos al corazón de María, y por éste al del Hijo, y por el del Hijo al del Padre celestial. La gran distancia que hay entre nosotros y la Divinidad, la necesidad que tenemos de acercarnos á Ella, engendran en nosotros ese deseo que nos persigue sin tregua de elevarnos hasta la belleza infinita, para participar de su dicha increada; pero Dios es justo, y nosotros pecadores; Dios es infinitamente rico, y nosotros somos pobres, necesitando sin cesar de su gracia. Tememos, y con razón, porque no somos dignos de su amor; pero para salvar la distancia inmensa que hay entre Dios y la criatura, para disipar nuestros celos y levantar nuestra pusilanimidad, Dios nos muestra á María, quien, siendo Madre de Dios, lo es de los hombres, y ruega por su pueblo, dirigiendo simultáneamente sus acentos al cielo para pedir gracia, y al mundo para ofrecerle amor y misericordia. *Dona mihi populum meum, pro quo obsecro.*

María no es Madre de Dios sino para serlo de los hombres. Voy á tratar esta materia, que tanto nos interesa, para que por vuestro propio bien comprendais que, si no teneis una tierna devoción á María, no podreis conseguir la herencia que como Madre os reserva. Protesto ¡oh Reina mía! que quisiera amaros como os aman los serafines, y ser tan puro como ellos en mis pensamientos. Te pido, pues, que, purificado mi corazón con la gracia de tu Hijo, lo cubras con tu manto, para que, protegido por Tí, sean mis palabras otros tantos dardos que abrasen á mis oyentes en el fuego del amor divino; esta gracia te pido, saludándote al efecto con el ángel.

AVE MARÍA.

PARTE ÚNICA.

La concordia entre las ideas del espíritu y los sentimientos del corazón, era el resultado natural del estado perfecto en que fué criado el hombre. En esta bella armonía no deseaba nada la parte sensible sin que existiese una conformidad absoluta con la racional, porque la concupiscencia no se había rebelado contra el espíritu, ni éste podía confundir las nociones naturales de las cosas; porque no tuviese todavía imperio el error, por no haber aún ignorancia en el compuesto humano. Todo era paz y amistad entre esta especie de dos hombres que luego levantaron la enseña del combate y predominio, y se declararon guerra continua, poniéndose en planta á consecuencia del pecado la ley de la carne, invadiendo el fuero y ocupando el terreno de la ley del espíritu. Se trabó, pues, la lucha, lucha que aún dura en cada uno de los individuos de la especie humana, y de la cual resulta el triunfo de la concupiscencia si se deja el hombre arrastrar de sus

deseos corrompidos, ó la victoria de la razon superior si sigue ésta las ilustradoras influencias de la gracia celestial para reprimir los impulsos brutales de la carne y del sentido.

Lo que el divino Pablo decia de sí mismo en sus cartas inspiradas, no es más que un trasunto de lo que pasa por cada uno de nosotros. «Veo en mi carne, dice, una ley repugnante á las ideas de mi espíritu, y que demuestra sin cesar sus conatos para imponerle las cadenas del dominio; son dos hombres que dentro de mí mismo se disputan la supremacía; hago lo bueno, queriéndome arrastrar á su ejecucion lo malo; no lo quiere mi razon, y, con todo, pretende obligarme á ello la concupiscencia. De lo que se desprende necesariamente que el sentimiento es un agente vigoroso que, recibiendo el principio de su actividad de los sentidos, puede contribuir en nosotros á la realizacion de bienes morales de inmensa valía, así como nos ocasiona males de una trascendencia incalculable.

Al hablar del sentimiento, nos concretamos á la parte más noble de nuestra alma, que, rebotando siempre en deseos y aspiraciones, se levanta á la contemplacion de las bellezas infinitas, en vista de las hermosuras que matizan los cielos y pueblan la tierra, ó se llena de santo gozo cuando con amor puro se dirige á sus semejantes, ora congratulándose con ellos en sus bienes, ora tomando parte en sus aflicciones y males, aquí afeccionando con ternura y santidad al padre, al hermano y al esposo, y allí estrechando en su seno al amigo. ¡Qué! ¿Hubiera Dios dado al hombre la sensibilidad más que para lo que es bueno? Si en la defeccion del primer hombre la concupiscencia, cual infernal arpía, arrojó su aliento inficionador sobre la razon, si ésta quedó turbada y oscurecida; si los deseos que, como el suave vapor del incienso, debian subir al cielo se condensaron y agarraron fuertemente á la tierra,

no por eso desapareció la esencia de su complexion natural, ni se borró el tipo de su noble origen, ni se trastornó totalmente su objeto y fin. Venian de Dios, y tenian que ser perfectos; se encaminaban á Él, y debian ser rectos; tenian por fin la felicidad del hombre, y serian conductos á ello. Eran estos deseos obra de Dios, y elevaban al hombre al amor de la belleza infinita por lo que ella es, y al de los demás hombres por lo que cada uno representa; pero se corrompieron con el desarreglo de la concupiscencia, y la hermosura infinita no fué amada porque se veia con dificultad, arrojándose el hombre con ansia al amor de lo puramente sensible y material que se le presenta por todas partes.

Elevar, pues, el sentimiento bastardeado en la concupiscencia hasta colocarlo en el punto de su creacion, dirigirlo hácia las bellezas infinitas, y proporcionarle una satisfaccion completa, era lo que Dios intentaba cuando prometió á la humanidad decaida la existencia de una mujer en quien el cielo y la tierra tuviesen una Reina, y Dios y los hombres una Madre. Y es preciso conocerlo y confesarlo, alabando los designios de la sabiduría divina; Dios, al decretar la Encarnacion de su Hijo, agotó los recursos de su omnipotencia, dando un paso en el cual Él mismo se puso un límite, del que no puede pasar. Se dió á sí mismo una Madre, mediante cuya operacion el Eterno se hizo temporal, el infinito limitado, el inmortal mortal, el impassible pasible, y Dios se hizo hombre.

Una agregacion de tantas denominaciones como sobrevienen á la naturaleza divina, unida á la humana, demuestra visiblemente que empezaba en ella una comunicacion íntima de Dios con los hombres, y no podia efectuarse ésta sino con un fin, que era el de levantar los deseos del hombre hasta el mismo Dios. Por eso Dios toma nuestra carne, se reviste de las nobles pasiones de

nuestra alma y de todos los sentimientos generosos de nuestro corazón, habla nuestro propio lenguaje, y trata amistosamente con ellos. Es decir, que purificando los sentimientos del corazón, é inspirándole amor y ternura, se forma entre Dios y la humanidad un vínculo de oro, que sin violencia ni coacción liga al cielo con la tierra, y hace de Dios y los hombres una gran familia, en la que los intereses son mútuos, las relaciones naturales y el cariño recíproco.

Y esto no se puede realizar sino con la maternidad divina de María: fórmanse primero entre Dios y Ella las relaciones anejas á la maternidad y la filiación, y luego el mismo Dios traslada en santo legado á todos los hombres sus propios derechos naturales, que los unen al corazón de su madre, aceptando ésta en el orden moral respecto de la gran familia de Adán, lo que debía hacer en el natural tocante á uno de sus individuos, que era el mismo Dios. Desde que María es Madre de Dios, es casi necesario que lo sea de todos los hombres en la generación espiritual; porque quien ha concebido en su seno al Inmenso é Infinito, tiene hácia su Hijo un sentimiento de amor de una intensidad infinita; por más que este afecto se derrame en toda la humanidad, hay afecto para cada uno de sus individuos, por recibir su calor del fuego mismo de la Divinidad; y no lo debemos extrañar, pues así como el dolor que padeció María en la muerte de su Hijo fué tan intenso, que si se repartiese entre todas las criaturas morirían todas, no pudiendo soportar su enorme peso, así el amor que María tiene á su Hijo es de tal dimensión, que, repartido entre todos los hombres, es bastante para que sus corazones se abrasen en el amor de lo bello é infinito.

Cuán admirable y magnífica sea la sabiduría divina en la realización de este plan sublime; cuán ciertos y ventajosos sean los resultados para los hombres, se des-

cubre desde que se examina cuál es entre todos los sentimientos del corazón humano, aquél que en el orden natural lo hace más noble á la par que lo distingue de todo sér viviente. Es este sentimiento el amor hácia la que nos ha dado el sér, y son tantos los motivos que tenemos para amarla, que la razón no califica sino de mónstruo al que mire con aversión á la autora de sus días. Pero entre tanto, la razón humana es en los días de la infancia una preciosa flor que, encerrada en su capullo, no puede desarrollar su color ni sus aromas, y no es por medio de ella, sino por el del sentimiento, por donde se forma y radica con nosotros el cariño que la profesamos; mas tan luego como aquella celestial planta ha recibido toda su extensión, la razón confirma lo que el corazón ha sentido; cuando somos niños, amamos á nuestras madres porque nos han aplicado á su seno, porque hemos sido alimentados de su propia sustancia, porque hemos visto siempre la risa en sus labios, porque nuestras pupilas han tropezado siempre con otras que nos miran en la cuna y en los brazos, en el hogar doméstico y en las plazas; cuando discurremos, la razón nada tiene que hacer más que ratificar lo que encuentra ya formado; amamos porque sabemos que la gratitud es el dogma de la naturaleza racional, pero ningún esfuerzo tenemos que hacer, pues ántes de saber discurrir, sabemos amar, y en efecto amamos. Y en fuerza de este amor producido por el sentimiento y confirmado por la razón, se forman entre el hijo y la madre esos vínculos que no rompe ni la mala suerte, ni la ausencia temporal, ni la muerte misma. ¡Qué digo! Precisamente el amor es más intenso entre la madre y el hijo, cuanto mayores son las penas que han acibarado su existencia. Cuando la fortuna enseña su risueño rostro; cuando las comodidades abundan; cuando pañales de cendal y cuna de oro reciben al recién nacido; cuando no es del seno materno, sino del extraño, de donde

le viene el primer alimento; cuando entre regalos y placeres ve la madre medrar á su hijo, ¿qué quereis que os diga? Parece natural que lo que no ha costado mucho, no puede apreciarse mucho: por otra parte, las muchas comodidades y riquezas son el pábulo del egoismo, y donde hay egoismo es difícil que exista el amor puro.

Mas si á los trabajos de la gravidez van unidos los de la adversidad; si el hijo querido se ha visto entre peligros; si en la misma cuna ha sido visitado por las asechanzas de la muerte, y ha salido salvo de todo, entónces es cuando el amor de la madre nace de nuevo en el corazon, y se robustece, como acaece al roble agitado por el vendaval, que se encuentra más lozano y vigoroso despues del movimiento del huracan, como si conociera que en el ensayo de su resistencia se habian aumentado sus fibras vegetales... ¡Ah! El amor de madre es un arcano de la naturaleza. ¡Qué puro es! ¡Qué entero! ¡Qué elocuente! Lo examino en la esposa del rabadan que amamanta á su hijo junto á la sombría haya del bosque, y no puedo ménos de bendecir al Sér divino por las riquezas que da al corazon humano. ¡Qué ideas tan precisas, qué conceptos tan sublimes, aunque expresados en lenguaje tosco! Para la madre, el hijo es una perla preciosa, es la azucena del valle, la violeta del ribazo, el sol del mediodía, es su pensamiento íntimo, su gloria y hermosura.

Pues bien: este amor noble é interesado en las ricas matronas, sencillo y elocuente en la zagala, cariñoso y activo en todas, y heróico y sublime en aquellas madres que apenas han sellado las mejillas del hijo sin regarlas con lágrimas de dolor; este amor, tan vario en sus fases y concéntrico en su objeto, vive en el corazon de María, dirigiéndose todo á su Hijo, que es tambien el Hijo de Dios. Lo contempla Rey de los siglos, heredero del Eterno Padre, trasunto de su substancia, y esplendor de su gloria, y lo ama mejor que las princesas que ven la

blanca sien de su niño como el asiento de una corona que dará al hijo grandeza y majestad, y á la madre consideraciones y alabanzas. Lo mira como la víctima sagrada que ha de reconciliar al mundo con Dios, y su amor va mezclado de cariño, de tristeza, de compasion y de lástima. Lo ve atribulado en su cuna, perseguido por tiranos, fugitivo entre soledades y desiertos, sin tener otro reclinatorio que sus brazos, ni más cuna que la dura tierra, y este niño nace mil veces para su corazon, siendo siempre el dolor y las penas el agente poderoso que mueve su corazon; lo ve, por fin, morir entre horrendos dolores y en afrentoso suplicio, y su amor crece, siendo cada vez más tierno, más compasivo y más heróico.

¡Ah! Si para libertar al Hijo del cuchillo de un Rey envidioso y sañudo hubiera sido necesario que María presentára al verdugo su cerviz; si las espinas y azotes que hirieron á Jesus y taladraron su cabeza hubieran podido trasladarse á María sin tocar al Hijo; si la cruz hubiera presentado sus brazos á la Madre, perdonando al Hijo, ¡con qué gozo hubiera sufrido María las afrentas, las persecuciones y la muerte! ¡Con cuánta presteza hubiera dicho á los verdugos que destruyeran su vida por salvar la del que la daba á su corazon! Hasta qué punto llega este amor de María hácia su Hijo, no es dable comprenderlo, porque tropezamos al momento con la inmensidad de Dios; pero cómo se ha formado entre Dios y María esta relacion de amor, por qué medios se comunica á María, es un asunto que, bien examinado, produce en nosotros, no sólo la admiracion, sino la ternura extática. Dios ama á María, no sólo con su razon eterna, sino con el sentimiento del corazon, que tanto ennoblece al que lo tiene.

Confieso ingénuamente que estoy como anonadado al contemplar tanta dignacion de Dios, y arredrado al tra-